EL TENIENTE CORONEL
O
QUIEN MAL ANDA MAL ACABA

¡CUÁDRESE, imbécil—el teniente coronel ruge; recorre la habitación a lo largo y a lo ancho—. Acabará usted en el patíbulo. ¿Me oye? Por mucho menos que eso empezaron muchos, y ¿sabe usted dónde acabaron?: en el patíbulo. Es una pena que no se realicen ya las ejecuciones en la plaza pública... He dicho que se cuadre... En la plaza pública... Se llevaba a los niños a presenciarlas, y cuando el reo sacaba la lengua, ¡zás!, una bofetada para que no lo olvidaran... Pero ¿se da cuenta usted de lo que ha hecho? Ha robado... Se ha apropiado de algo que no le pertenecía... ¡Cuádrese!

La puerta del despacho del teniente coronel se abre. Su mujer entra. El teniente coronel grita:

—Sabes que no quiero que se entre sin llamar...

—Bueno, hombre. ¿No estás aburrido ya de tanto gritar? Parece que te divierte ensañarte con la criatura. ¿No te das cuenta de que no tiene más que seis años?

El niño, Julito, llora desconsoladamente, mientras se acerca a él su madre.

—Anda, ven, hijo. A lavarte la cara. Papá tiene razón. ¿No sabes que has hecho mal gastándote la vuelta que yo había dejado en la mesa de la cocina?

* * *

Julito tiene dieciocho años. Papá ya es coronel. Julito ha salido esta noche, después de cenar, a tomar el fresco. Este año no marcharán de veraneo por culpa de los malditos suspensos. Se ha encontrado con unos

amigos, a los que conoce de jugar al billar. Ha tomado unas copas con ellos—por hacerse el hombre más que nada—y son las tres de la mañana cuando vuelve a casa.

Sube, descalzo, las escaleras. Los peldaños se mueven, crecen, ondulan como olas cúbicas. A veces se ponen todos a la misma altura. El pie, claro, creía encontrar la base firme más arriba, y al no ocurrir así el cálculo erróneo se resuelve en un porrazo que estremece el silencio. Otros peldaños, en cambio, crecen y crecen hasta tal punto, que el pie no es capaz de alcanzarlos.

De pronto la escalera se regulariza. El último tramo, el que desemboca en la puerta de su casa, está presidido por el orden. Julito se siente ahora feliz y no puede reprimir el deseo de cantar. Cuando está ante la puerta jadea. Hace una inspiración profunda para serenarse, se estira los puños de la camisa y se abrocha la chaqueta. Papá no quiere verlo hecho un vagabundo.

El timbre ha sonado de un modo agresivo. Se habrá oído en toda la casa. Pasan dos minutos interminables y vuelve a llamar, esta vez tímidamente. El timbre apenas suena. Dentro se oye el rumor de una puerta que se abre, unos pasos por el pasillo y, al fin, se abre la puerta.

—Pero ¿qué es esto, Julito? ¿Ha ocurrido algo en tu casa?

—Usted perdone. Me equivoqué de puerta... Perdóneme.

Ahora vuelve a descender. "¿Cómo no me habré fijado? Cuando lo sepa mañana papá... ¿Y si me ocurre otra vez lo mismo? ¿Y si me hubiese confundido de casa? ¿Y si no existiese mi casa?"

Otra vez ante una puerta. Pulsa el timbre. Mientras abren, saca la corbata del bolsillo de la chaqueta, la estira cuidadosamente y la vuelve a guardar. La puerta se ha abierto, casi sin ruido. Papá, amenazador, está frente a él.

Una vez dentro de casa, papá le coge por las solapas. Papá está vestido. Le zarandea, golpeándole contra la pared. Pero los golpes no duelen, las voces no asustan. Casi le dan ganas de reír. Oye al coronel vagamente, como si hablase lejos de él:

—El patíbulo. Cuádrese... Acabará en presidio... Canalla... El patíbulo... Firmes... Mal hijo, perdido... El reformatorio... El patíbulo... La cárcel... ...íbulo... ...íbulo...

* * *

Papá ascendió a general hace un año. Julito, reiteradamente suspendido en la Universidad, diplomado en billar, estaba a punto de colgar los libros. Pero ha venido la guerra.

Julito, pálido, impresa en la cara una infinita desolación, está sentado

en el rincón más oscuro de una habitación mal iluminada. Las paredes están sucias. Huele a rancio, a humo, a muerte y a frío. Hay dos puertas enrejadas—una frente a otra—que Julito no deja de mirar. La una conduce a la libertad. La otra, al interior del presidio. En este caso, a la muerte.

Dentro de doce horas—son las cinco de la tarde—se extinguirá una vida, porque así lo ha decretado un juez. Julito no piensa. Vive una alucinación, una pesadilla increíble.

Mamá está junto a Julito. Se abraza a él, llora, se desespera. Junto a la cancela que da a la calle hace guardia un hombre uniformado. Fuma incesantemente, con nerviosismo. Se ve claramente que pasa también un mal rato.

—¡Dios mío..., quién habría de pensarlo!—gime la madre—. Una familia honrada... Pero si no es posible... Voy a volverme loca... ¿Cómo se puede matar a sangre fría?...—mira al hombre uniformado—. Usted no le conoce. Si lo hubiera tratado sabría que es la persona más buena del mundo... ¡Por Dios se lo pido: déjele salir!... ¡Maldita guerra!...

Julito hace mucho rato que no oye. Las lágrimas de su madre le mojan las manos y la cara. Y de pronto se da cuenta de que ha entrado su padre, pálido, inexpresivo, como si contuviese a fuerza de rigidez impuesta el horror. Julito se le queda mirando. Hay instantes en la vida que no pueden ser expresados por medio de palabras o gestos. El general no se mueve, y el hijo se arroja en sus brazos, unos brazos que parecen rehusar el abrazo. Le parece estar frente al antiguo rostro huraño, pero lleno de ternura interior. Le parece oír, como una imposible música, el violento "cuádrese", "el patíbulo". Se niega a aceptar que aquel instante es real. Le parece que su padre lo aprieta, y se siente niño y desamparado. Debe de ser una pesadilla. No es posible que no vuelvan a verse jamás.

Luego se aferra, hasta hacerse daño en las manos, a los hierros de la cancela, mientras ve alejarse al general, que va a ser ajusticiado dentro de doce horas.



JOSÉ HIERRO